

Testimonios

La escolarización de un hijo con deficiencia visual

Schooling for a child with visual impairment

M.^a J. Espeso Ortiz

La incertidumbre que supone para cualquier padre y madre la incorporación de su hijo a las aulas para comenzar la educación infantil, se ve multiplicada por cien en el caso de que el niño tenga una discapacidad visual grave. Esto fue lo que me sucedió a mí cuando mi hija Celia comenzó primero de Educación Infantil en un centro público de nuestra ciudad.

Celia posee resto visual, pero cuando con 3 años comenzó el colegio, todos creíamos que su capacidad visual era muy escasa y, de hecho, yo siempre la llevaba de la mano, porque no percibía las barreras arquitectónicas. Mi primer miedo, por tanto, era que la niña sufriera un accidente al caer o tropezar dentro de un entorno que no conocía y al que se tenía que enfrentar por primera vez sin la ayuda de sus padres. Pronto comprendí lo infundado de este miedo.

La escolarización de mi hija, debida a su discapacidad, fue dirigida por la Consejería de Educación de mi Comunidad, donde la derivaron a un centro público preferente de escolarización de alumnos con problemas motóricos, ya que Celia, además de padecer una atrofia óptica bilateral es una niña afectada de una hemiparesia en el eje izquierdo de su cuerpo como consecuencia de un ictus sufrido a los siete meses de su gestación. El centro no tenía barreras arquitectónicas y, además, contaba con dos ATE (Auxiliares Técnicos Educativos) que estaban en el centro para apoyar en sus desplazamientos a los siete niños con necesidades especiales integrados en él. Por lo tanto, mi hija iba a tener a alguien que le acompañara durante su proceso de adaptación, al tiempo que la profesora puesta por la ONCE —y que acudía al centro una vez a la semana— le enseñaba a moverse por él con seguridad. Ya no tenía que temer porque Celia cayera

por unas escaleras y se diera un golpe en la cabeza al ir al baño o al comedor, las ATE la guiaban mientras los profesionales de la ONCE le enseñaban a moverse con libertad. Quizá pudiera caerse corriendo en el patio y hacerse un rasguño en la rodilla, pero eso le pasa a cualquier niño, y no es malo, es ley de vida el caer y levantarse.

Mi siguiente miedo es cómo sería mi hija aceptada por sus compañeros de clase. Estos no tenían ningún tipo de problema, y temía que Celia fuera rechazada por ellos al no poder compartir muchas de las actividades propias de esta edad. Pero aquí también me equivoqué. Celia fue aceptada estupendamente por sus compañeros, que la ayudaban y cuidaban. En la primera reunión que tuvimos en el centro, hablé clara y abiertamente del problema de Celia, pues consideraba vital que los padres de los demás niños supieran de ello. Creo no equivocarme al decir que los padres de los compañeros de mi hija ayudaron también en su adaptación, al explicarles a sus hijos lo que a Celia le ocurría. Personalmente, creo que hablar abiertamente y pedir ayuda cuando se necesita es un síntoma de una autoestima saludable, que es lo mejor que le podemos transmitir a un hijo con una deficiencia.

Mi hija, a día de hoy, tiene 8 años, y sus amigas de clase la quieren y ayudan cuando lo necesita. No es compasión lo que sienten por Celia, sino amistad, pues a veces juegan a cosas a las que ella no puede jugar y las tiene que esperar haciendo otras actividades, y yo me alegro de que así sea. No quiero que ninguna niña tenga que renunciar a jugar a algo que le apetece por estar con mi hija.

Realmente con estos dos puntos que acabo de exponer vi cumplidas las expectativas que esperaba para mi hija durante su primer año de escolarización: la seguridad al moverse por el centro y la socialización dentro de su aula. Mis miedos iniciales se desvanecieron al ver que los niños se adaptan con mucha más facilidad a las novedades de lo que un adulto pueda esperar.

Para el siguiente curso, superadas estas primeras metas, mi preocupación se centró solamente en el aspecto puramente educativo, en que mi hija pudiera aprender al ritmo de los demás y, para ello, dispusiera de todas las ayudas necesarias.

En el centro, al igual que en todos los centros públicos de escolarización preferente de alumnos con necesidades educativas especiales, hay un equipo orientador con profesores de apoyo y psicoterapeutas. Estos se ocuparon de coordinar, junto con la tutora, la profesora de la ONCE y los demás profesionales, las necesidades y carencias

que pudiera tener Celia, para así ayudarle a superarlas poniendo a su alcance todos los medios y materiales que fueran necesarios. A día de hoy, con el resto visual que tiene y que tan bien ha sido estimulado por todos estos profesionales, mi hija, que cursa tercero de Primaria, lee y escribe lenta pero correctamente. Esperamos que con los años pueda adquirir algo más de velocidad de lectura, pero por si no fuera posible, está aprendiendo, con la ayuda de los profesionales de la ONCE que se desplazan al centro, a utilizar el Table PC que la Consejería de Educación, por petición del centro, compró y envió para que fuera utilizado por Celia en su aprendizaje.

Algunos padres, cuyo hijo no tenga resto visual, pudieran pensar que todo esto que he contado nada tiene que ver y en nada puede ayudarles a enfrentarse a la escolarización de sus hijos. Es cierto que cada niño es un mundo, vea o no, y por ello no hay ninguna solución mágica que sirva para todos. Mi única pretensión al escribir este artículo es darles a conocer que hay muchos profesionales dentro del centro en el que escolaricen a sus hijos dispuestos a ayudar al niño y a encontrar, entre todos, la solución a los problemas que puedan presentarse, buscando los medios y materiales que sean necesarios en cada momento para que el niño sea uno más dentro del aula. Esto es así, no me invento nada, es mi propia experiencia la que aquí he narrado.

Debemos de tener la certeza de que nuestro hijo, con nuestra ayuda y la de muchas personas que habrá en su entorno escolar, podrá integrarse sin problemas en su colegio y superar sus estudios con éxito.

María José Espeso Ortiz